

Some reflections on power and biopower in Michel Foucault

ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO AL PODER Y AL BIPODER EN MICHEL FOUCAULT

Lina Marcela Cadavid Ramírez¹

Resumen

Uno de los temas recurrentes de la obra de Foucault es el poder y su definición más allá del marco del pensamiento filosófico político, que hace de la potestad del soberano la esencia de su definición. En contracorriente Foucault se interesará por una analítica del poder que pone en el centro de la definición las múltiples relaciones de poder. En este sentido, el primer tomo de la Historia de la sexualidad propone unos aspectos metodológicos que señalan la singularidad de la genealogía foucaultiana y allanan el terreno para relacionar poder y biopoder a través del análisis de la sexualidad.

Palabras clave

Poder, biopoder, genealogía, sexualidad, subjetividad.

Abstract

One of the recurring themes in Foucault's work is the power and his definition beyond the framework of the political philosophical thinking which makes the power of the ruler the essence of his definition. Foucault is interested in an analytic of power that places the definition the multiple relations of power at the center. In this sense, the first volume of History of sexuality proposes some methodological aspects that indicate the uniqueness of Foucault's genealogy and pave the way; in order to relate power and biopower through the analysis of sexuality.

Keywords

Power, biopower, genealogy, sexuality, subjectivity.

¹ Magíster en Filosofía. Estudiante del Doctorado en Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Nacional (sede Medellín). Profesora de la Facultad de Filosofía y Teología de la Fundación Universitaria Luis Amigó. Investigadora del grupo Filosofía y Teología Crítica. Correo: marcecadavid26@yahoo.com

Introducción

El primer volumen de la *Historia de la sexualidad* que lleva por subtítulo *La voluntad de saber*, pertenece a lo que se ha denominado el periodo *genealógico* de la obra de Michel Foucault. A este periodo le antecede el *arqueológico*, en el que se inscriben obras como *Historia de la locura en la época clásica* (1967) y *La arqueología del saber* (1970/2005), entre otras. Señalar este aspecto de la obra de Foucault es importante ya que, más que evidenciar la evolución de unas nociones a lo largo de una obra de carácter conceptual homogéneo, lo que se manifiesta en la obra de este pensador francés es la discusión del propio autor con su obra y la mirada escéptica sobre la cristalización de los conceptos o sobre la tranquilidad de lo alcanzado por el propio pensamiento. En este sentido, podría decirse que la obra de Foucault tiene un carácter propedéutico más que sistematizador. Propedéutico porque se configura en torno a una serie de técnicas de exploración del espacio social, de tal modo que el juicio sobre éste, va precedido por una indagación, una inspección, un reconocimiento de situaciones dadas.

Para cumplir este propósito propedéutico, la exposición de un método se hace relevante, no a la manera de pasos a seguir sino con la intención de presentar elementos de descripción y análisis en vez de sistemas (Gallardo, 1989). Pero el modo de explorar el espacio social no es homogéneo, lo que hace que los juicios sobre este también sean divergentes. Desde este punto de vista, ¿cómo se articulan o vinculan estos dos momentos en la obra de Foucault —el arqueológico y el genealógico—? Justamente, a partir de un propósito común: “la elaboración de una historia general² de las diversas modalidades de constitución y configuración de los sujetos en la sociedad moderna”³ (Giraldo Díaz, 2006, p. 105). De este modo, si la arqueología⁴ es el método que devela la producción del sujeto en términos del saber, la genealogía es el método que revela la producción del sujeto a través de estrategias de normación y normalización⁵ paulatinas que han cambiado a través de la historia. El análisis genealógico intentará, por un lado, mostrar que el poder no puede ser subordinado a las instancias económicas o políticas, tampoco a la oposición marxista de infraestructura y superestructura; y por otro

² En oposición a una historia universal que reclama para sí un relato continuo como “correlato indispensable de la función fundadora del sujeto” (Castro, 2012, p. 498).

³ Esto es lo que Foucault denominará —en *El gobierno de sí y de los otros* (2009)— ontología del presente u ontología histórica, proyecto que consiste en la comprensión de nosotros mismos en tres dominios: en nuestras relaciones con la verdad, en nuestras relaciones con el poder y en nuestras relaciones con la moral. Así pues, lo que se propone Foucault es “un análisis de la constitución histórica de nuestra subjetividad” (Castro, 2012, p. 374).

⁴ La arqueología de Foucault tiene como horizonte de contraste la epistemología francesa de Bachelard, Cavailles y Canguilhem. Esta se opone a las reconstrucciones racionales de las teorías o los paradigmas científicos y postula, por su parte, una historia de los conceptos científicos y un estudio regional de la ciencia. En esta línea, la arqueología se propone un seguimiento del *enunciado* que ha de entenderse en Foucault como todo lo materialmente dicho por una época y que en este sentido abarca más que la proposición, la frase o el concepto. De ahí que el estudio de los enunciados no sea de orden lógico o lingüístico, o sobre sus reglas de formación o transformación sino el estudio de sus condiciones de existencia: por qué unos enunciados han podido ser dichos, producidos y reproducidos y qué relaciones entre ellos han permitido la constitución de objetos, sujetos, disciplinas, etc. Sin embargo, mientras la epistemología ve en la ciencia, como proceso histórico, el desarrollo de la racionalidad, la arqueología “lleva a cabo una historia de los saberes en la que ha desaparecido todo rastro de la historia del progreso de la razón” (Machado, 1990, p. 16), y reivindica la imposibilidad de que cualquier discurso teórico (sea científico, epistemológico, filosófico) agote la descripción del saber, razón por la cual el estudio arqueológico sitúa su indagación en la relación teoría-prácticas (remitirse a las prácticas es fundamental, pues a través de su estudio Foucault se desplaza desde un sujeto que instituye prácticas hacia las prácticas de constitución de los sujetos): “por eso la arqueología indaga discursos más directamente ligados a las prácticas institucionales, como por ejemplo los procesos judiciales y policiales o los archivos de las prisiones, de los hospitales y de los hospicios” (Machado, 1990, p. 18), textos por lo demás poco familiares a los historiadores de las ciencias.

⁵ Esta distinción la introduce Foucault en su libro *Seguridad, territorio y población* (Castro, 2011) para diferenciar las técnicas que se configuran a partir de un modelo que define lo normal de lo anormal, de las técnicas que se construyen en torno a una norma que se constituye a partir de las regularidades estadísticas.

logrará explicar por qué las relaciones de poder han llegado a hacerse cada vez más rápidas, ligeras y eficaces (Giraldo Díaz, 2006) –no por una persona o grupo, sino a partir de las dinámicas propias de una instancia que se caracteriza por ser una red imbricada de relaciones– para ser interiorizadas por los sujetos –por ejemplo con la producción de un alma que ahora debe ser docilizada y que luego pasa a vigilarse a sí misma; para hacer parte de las estrategias de grupos disímiles– las formas de normación y normalización⁶ van siendo adoptadas, recreadas y adaptadas por sociedades que no comparten formas de organización política ni económica ni cultural; para tomar un cariz democrático –que se justifica, por ejemplo, en sistemas de bienestar o en tecnologías de gobierno que buscan gestionar la vida, lo que hace que estas relaciones sean aún más interiorizadas por los sujetos de la sociedad moderna, y que aunque sean concebidas no puedan ser formuladas de manera explícita–; finalmente para constituir determinados discursos como productores de regímenes de verdad –por ejemplo la medicina⁷ y su interés en la higiene pública, el control de natalidad, el índice de mortalidad, la calidad de vida, etc. a través de los cuales se logra vincular acción científica y técnicas de gobierno.

Este artículo analiza de manera breve el tema del método en el ámbito genealógico a partir del primer libro de la *Historia de la sexualidad* para señalar las relaciones que establece Foucault entre poder y biopoder, entre disciplinamiento y control, y cómo el dispositivo de la sexualidad es pensado por Foucault como la instancia que los articula.

El poder como relación según *La voluntad de saber*

Según Foucault, en el Tomo I de *Historia de la sexualidad*, el poder sería condición de las instituciones, las leyes y las hegemonías sociales, las cuales, a su vez, han de entenderse como formas en las que se cristaliza el poder. Por esta razón, para Foucault, el poder ha de entenderse como relaciones de fuerza múltiples, pero al mismo tiempo como el juego de lucha que las transforma, los sistemas que forman dichas relaciones, las contradicciones que hacen que unas se aislen de otras y las estrategias que tornan efectivas dichas relaciones.

En esta definición se hace evidente un aspecto particular de la manera en que Foucault construye sus conceptos, ya que intenta evitar que el concepto enunciado pierda su constitución dinámica-práctica y que al cristalizarse en palabras se torne plano con respecto a la realidad multidimensional que intenta enunciar. Por esta razón, el pensador francés define el poder por sus relaciones, pero también por las diversas caras que toman estas relaciones, pues no hay relaciones sin lucha, contradicción, y las relaciones no pueden pensarse en un sentido causal lineal, sino en toda su extensión y teniendo en cuenta los efectos sobre sí mismas y sobre lo que hacen surgir.

⁶ Es interesante anotar que las técnicas de normación y normalización son a la vez modos de individuación, al diferenciar los individuos unos respecto a otros por medio de reglas, al medirlos en términos cuantitativos, al jerarquizarlos en relación con sus capacidades, al definirles una naturaleza, al encauzar sus conductas, etc.

⁷ También la psicología o la psiquiatría.

Ahora bien, Foucault se enfrenta, en este y otros textos, al problema de la definición que tiene que romper la barrera de los esencialismos. En este sentido, el poder no puede ser determinado como una unidad, sin embargo, debe ser posible invocar su condición de posibilidad ontológica. Para lograr esto, el autodenominado “antihistoriador”, remite, entonces, a su ejercicio y a la pregunta de qué hace inteligible dicho ejercicio⁸: así pues no podríamos buscarlo en la soberanía, por ejemplo del Estado –que desde la teoría política de la modernidad sería considerada omnipresente– o de la voluntad general, pues el poder no es algo que, al pertenecer a una institución, grupo o individuo, permita instituir las leyes que den muestra de la posesión de soberanía; si así fuese, el poder solo podría producirlo y reproducirlo el soberano. La pregunta, pues, que debe responder es: ¿dónde pues puede hacerse inteligible su ejercicio?.

Una respuesta a esta pregunta la exhibe Foucault con el término *estrategia*, como conjunto de acciones en las que se cifra el juego de la multiplicidad de relaciones de fuerza móviles y no igualitarias en una sociedad dada (1977, p. 114). Sin embargo, podría plantearse un problema en el término, pues supone que las acciones están planificadas y que pretenden llegar a un fin. En los términos que lo presenta Foucault parece sí vislumbrarse un fin, ya que la estrategia lograría “integrar las relaciones de fuerza desequilibradas, heterogéneas, inestables, tensas” (1977, p. 114).

En esta definición de poder parece evidenciarse un problema constitutivo de las ciencias sociales, aquel del agente y la estructura o el de las determinantes materiales y el sujeto (Martuccelli, 2014, p. 10), razón por la cual aclarar el posible aspecto planificado de las estrategias de poder es necesario. El mismo Foucault (1977) aclara que las relaciones de poder son inmanentes y no exteriores a otro tipo de relaciones, y en este sentido, a partir de estas otros tipos de relaciones lograrían diferenciarse. Además, las relaciones de poder no se comportan como una superestructura que prohíbe, sino que produce. En este sentido, no serían las clases dominantes o hegemónicas las que crean las dimensiones binarias con las que se suele confundir el efecto de las relaciones de poder, más bien ellas se sustentan en las relaciones de poder que se han constituido en un momento histórico y social determinado, por esta razón las grandes dominaciones son efecto y no causa de las relaciones de poder.

Es por esto que Foucault señala que las relaciones de poder existen en función a los puntos de resistencia de naturaleza múltiple y variable, que en vez de representar una alternativa de rechazo al poder negativa o reactivamente, han de concebirse como tipos de estrategias que modifican dichas relaciones (Giraldo Díaz, 2006) y que por ello mismo son también constitutivas del poder, y en este sentido la resistencia no sería la imagen invertida del poder, pues el poder no se reduce a represión, ya sea esta jurídica o institucional.

En el orden de la planificación de las estrategias de poder, y para aclarar este punto, el mismo Foucault expone (1977, p. 115) que el poder no puede ser ya remitido al sujeto constituyente ni en los términos del soberano, ni del aparato que impone las leyes, ni del aparato estatal.

⁸ Este punto es interesante porque evidencia la necesidad de reconocer dicha inteligibilidad en el campo social, esto hace que Foucault reflexione sobre el poder, no como lo ha hecho la tradición filosófica, sobre todo política, sino de una manera *genealógica*, es decir en torno a las prácticas históricas que lo han encarnado. En este sentido, bien puede decirse que la reflexión de Foucault logra invertir las nociones tradicionales sobre el poder, pero más allá, involucrar –y podría decirse implicar éticamente– a quienes, supuestamente, no detentarian el poder.

Cambiar el punto de referencia del poder permitiría, para Foucault, pasar de denunciarlo en el “otro” a develar sus mecanismos, ya no de represión y ocultamiento⁹, sino también de producción. En este sentido será fundamental evidenciar los mecanismos del poder –justamente las estrategias y tácticas– a través de los cuales los sujetos son producidos. Así pues, si el poder es estratégico, no es porque las relaciones de poder sean subjetivas (o resultado de la decisión de un sujeto individual), sino que son, como el mismo Foucault afirma, intencionales (1977, p. 115), esto es, tienen un propósito: disciplinar, individualizar, gestionar, separar, producir, jerarquizar, homogenizar, etc.¹⁰

Estas consideraciones sobre el poder que Foucault desarrolla en la *Voluntad de saber*, permiten delimitar la pregunta por la sexualidad como modo de subjetivación, es decir, como forma de producir sujetos. Estas puntualizaciones le permiten al autor romper el esquema de comprensión que asocia sexo y sexualidad con represión, castigo y prohibición (promovidos por el Estado o algún grupo dominante). Visto desde esta perspectiva, el sexo pasaría a configurarse en sus instancias de sexo–historia, sexo–significación, sexo–discurso, y la sexualidad se configurará en su calidad de dispositivo como conjunto múltiple de estrategias y tácticas eficaces que visibilizan una voluntad de saber –que no le pertenece a un individuo, que no es ejercida por un Estado, que no se concreta sólo en un modelo jurídico– sobre el sexo y que refiera al análisis de la sexualidad femenina, a la pedagogización sexual infantil, a la socialización de los modos de control natal, a la psiquiatrización de las conductas sexuales. Como señala Edgardo Castro, en cada una de estas estrategias lo que se busca no es ocultar la sexualidad, sino producirla (2012, p. 489); o como el mismo Foucault afirma, se trata de indagar sobre la sexualidad en el “campo de las relaciones de poder múltiples y móviles” (1977, p. 119).

Según Foucault, para romper el esquema de comprensión tradicional sobre el poder es necesario formular una serie de reglas metodológicas que permiten analizar la relación poder/sexualidad, asunto del que se encarga en el primer tomo de la *Historia de la sexualidad*, justamente como una forma de evidenciar lo propio del método genealógico con respecto a una investigación sobre la sexualidad. Foucault enuncia cuatro reglas: 1) *reglas de inmanencia*: las relaciones de poder y de saber son inmanentes, es decir, no existe una relación de subordinación del saber con respecto al poder: la sexualidad pudo constituirse en foco de saber a partir de relaciones de poder que la instituyeron como objeto gracias a que determinadas relaciones de saber pudieron inmovilizarla; 2) *reglas de las variaciones continuas*: las relaciones de poder–saber en torno a la sexualidad se modifican continuamente dando como resultado

⁹ Esta perspectiva del poder es visible en *Historia de la locura en la época clásica* (1967). En esta obra Foucault señala cómo la historia de la razón tiene como condición de posibilidad el paulatino ocultamiento de la experiencia de la locura, con un resultado paradójico, pero que termina por reforzar dicho ocultamiento, a saber, que la psiquiatría no “descubra” la locura, sino que ésta posibilite el surgimiento de dicha disciplina. Ahora bien, esto no quiere decir que las intuiciones y reflexiones que hacen parte del periodo arqueológico se abandonen en el periodo genealógico, sino que aquellas se leen a la luz de unas nuevas relaciones que son evidenciadas en los eventos históricos.

¹⁰ De este mismo modo la resistencia también sería intencional: tendría como propósito producir relaciones contra formas de sujeción y sumisión, de tal modo que para Foucault el problema ético y político estaría en “producir nuevas formas de individualidad diferentes de las que se nos imponen desde hace varios siglos” (Castro, 2012, p. 346), a través de luchas específicas y transversales. Este punto es interesante porque pone de manifiesto el problema de cuál es el papel del intelectual, sobre el que Foucault habla en su entrevista con Deleuze sobre los intelectuales y el poder. Allí Foucault manifiesta que los intelectuales no saben qué es el poder, y afirma además que la filosofía, tradicionalmente, se ha ocupado de fundar y delimitar el poder. En este sentido, la filosofía cae en la postura que Foucault pretende someter a análisis –aquella que hace del poder la posesión de un soberano y que termina por evitar visibilizar lo visible: que el poder funciona a través de estrategias y de juegos, y que tal vez se trata de no jugar el juego, justamente, a través de luchas difusas y descentradas–: “no se ha querido jugar el juego, tradicionalmente organizado e institucionalizado, del Estado con sus exigencias y de los ciudadanos con sus derechos. No se ha querido jugar el juego del todo, se impide jugar el juego” (citado por Castro, 2012, p. 347; tomado de la conferencia de 1978 “La philosophie analytique de la politique”).

efectos inversos, como es el caso de la sexualidad infantil, que en un primer momento fue problematizada por instancias externas a ella, y más tarde estas mismas instancias se vieron problematizadas por la sexualidad infantil; 3) *regla del doble condicionamiento*: las relaciones de poder logran sus efectos a través de tácticas precisas que se condicionan mutuamente y que de este modo hacen funcionar el poder: de este modo, por ejemplo, la familia no es una instancia que, sometida al Estado, termine por reproducir a pequeña escala sus tácticas de saber-poder en torno a la sexualidad, sino que las relaciones que se constituyen en el dispositivo familiar sirven de soporte a los mecanismos de producción de la sexualidad; y 4) *regla de la polivalencia táctica de los discursos*: si las relaciones de poder se comprenden en el orden de la estrategia (no en el orden del modelo jurídico), el discurso emerge como una de sus tácticas más cardinales cuya característica es la discontinuidad, la falta de uniformidad, la inestabilidad, es decir, no existe una relación binaria y estable en torno a la sexualidad que separaría de manera precisa el discurso aceptado del prohibido o el discurso de los que dominan, del discurso de los dominados; por el contrario, una historia del dispositivo sexualidad mostraría cómo las mismas tácticas discursivas sirven a relaciones de poder diversas, de tal modo que el discurso del rechazo genera tolerancia, que el discurso de la patologización de las conductas provee herramientas para la reivindicación de estas conductas. Como afirma el mismo Foucault: “los discursos son elementos o bloques tácticos en el campo de las relaciones de fuerza; pueden haberlos diferentes e incluso contradictorios en el interior de la misma estrategia” (1977, p. 124).

Poder y biopoder en *La voluntad de saber*

La *Historia de la sexualidad* bien podemos emparentarla con otra obra desmitificadora del pensamiento filosófico occidental, *La genealogía de la moral* de Nietzsche (2008) en la que el filósofo alemán pretende desenmascarar el asunto metafísico del origen (en este caso de la moral) para situarlo en un plano histórico en el que se desenvuelve una voluntad de poder que impone una versión de la dicotomía entre lo bueno y lo malo. Foucault se propone algo similar con respecto a la sexualidad al romper con la versión lineal de su historia, que sería la historia de su represión continua desde el cristianismo hasta la sociedad moderna. En tal sentido, se plantea la historia de una producción de verdad en el seno de relaciones de poder precisas que habrían hecho del reconocimiento de la sexualidad o una experiencia liberadora *per se* o el reducto ahistórico y emancipador de la cultura moderna, pero que, vista desde la perspectiva genealógica tendría que comprenderse su historia como “la incitación constante y creciente a verter nuestra sexualidad en el discurso” (Castro, 2012, p. 488).

Ahora bien, aunque la obra de Foucault no puede ser pensada como sistema hacia el futuro, sí puede ser pensada como tal hacia el pasado, en retrospectiva, y en este sentido el mismo Foucault lee su obra¹¹: si se interesó por el saber, si se interesó por el poder, es porque siempre estuvo atraído por el sujeto y los modos de subjetivación.

¹¹ Como afirma el mismo Foucault en una entrevista concedida a Dreyfus y Rabinow:

Me gustaría decir, ante todo, cuál ha sido la meta de mi trabajo en los últimos veinte años. No he estado analizando el fenómeno del poder, ni elaborando los fundamentos de este tipo de análisis. Mi objetivo, en cambio, ha sido crear una historia de los diferentes modos a través de los cuales, en nuestra cultura, los seres humanos se han convertido en sujetos. Mi trabajo ha tratado de modos de objetivación que transforman los seres humanos en sujetos. (2001, p. 241)

Así, vemos a Foucault moverse desde el problema del poder hacia el problema del biopoder: en retrospectiva, las obras del periodo arqueológico también incluirían esta cuestión: el advenimiento de formas de administrar la vida sustentadas en la constitución de un horizonte de saber que se iba institucionalizando en prácticas concretas formas de educar el cuerpo, de aprovechar sus fuerzas, de integrarlo a sistemas de control, de hacerlo un instrumento económico eficaz, etc., sustentadas todas en el individuo (anatomo-política del cuerpo humano); por su parte el momento genealógico revelaría formas de gestionar la vida basada en las poblaciones (biopolítica de la población) consistente en una serie de estrategias de gobierno relacionadas con la natalidad, la mortalidad, la salud pública, etc.

Este análisis, como aquel que se hace sobre la sexualidad, rompe también el esquema del soberano y su poder sobre la muerte, y apunta de nuevo a una analítica del poder en el orden de las estrategias, pero a partir de la noción de gobierno. Como señala Foucault, este acontecimiento (aparición en la modernidad, específicamente en el siglo XVIII, de esa gran “tecnología¹² de doble faz”) caracterizará un poder “cuya más alta función no es ya matar sino invadir la vida entera” (1977, p. 169).

Tal vez aquí sea útil mencionar la distinción que introduce Deleuze entre sociedades disciplinarias y sociedades de control, distinción metodológica que permite situar la relación entre poder y biopoder (Giraldo Díaz, 2006), pues actualmente los dos tipos de sociedades conviven juntas apoyándose mutuamente. Asimismo, la modernidad conocerá primero una sociedad disciplinar en la que el control se ejerce dentro de las instituciones sociales y se acompaña de un discurso sobre el orden social perfecto, y luego conocerá una sociedad de control en la que el poder se ejerce más allá de las instituciones tomando poder del hombre como ser vivo, que se acompaña de un discurso sobre el orden biológico que se debe mantener.

El fenómeno de lo biopolítico se encarna en dos formas que se relacionan: subsume los problemas de la reproducción, el trabajo, la vivienda, la salud, la higiene en las tácticas generales de la gubernamentalidad¹³, y al mismo tiempo proclama el derecho a matar, lo que es peligroso para la población. Justamente, la constitución del dispositivo de la sexualidad funcionaría como bisagra de ambas formas de poder: veríamos el surgimiento de un saber-poder referido al cuerpo individual, acerca de la aparición del cuerpo sexual, por un lado, y veríamos el surgimiento de un saber-poder, referido al cuerpo social, en torno al control de la natalidad, por otro.

¹² Este término puede entenderse como el conjunto de prácticas definidas por su regularidad que incluyen además una estrategia (fin) y unas tácticas (medios). Con este término Foucault sitúa su discurso en una analítica del poder que aborda los mecanismos de poder, no la perspectiva jurídica del poder (es decir, el poder como potestad de un soberano encarnado en la ley).

¹³ Aquí es necesario precisar dos nociones: gobierno y gubernamentalidad. El gobierno ha de entenderse como una manera de actuar sobre uno o varios sujetos ya sea para incitar, inducir, limitar, facilitar, dificultar, etc.: “gobernar consiste en conducir conductas” (Castro, 2012, p. 227) (las propias o las de otros). La gubernamentalidad ha de entenderse como “el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esta forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población” (Foucault, 2006, p. 136).

Foucault también abre espacio para la resistencia en estas nuevas relaciones de poder¹⁴. Y esto es llamativo porque al poder entendido como gubernamentalidad se le restituye la idea del poder como enfrentamiento, de este modo: “la vida como objeto político fue en cierto modo tomada al pie de la letra y vuelta contra el sistema que pretendía controlarla” (1977, p. 175), a través del reclamo por unos derechos que escapan al sistema jurídico clásico.

Conclusiones

Finalmente se trata pues de responder a la pregunta por cómo es posible escribir la historia de la sexualidad sin tener una esencia de la sexualidad. La táctica de Foucault será invertir el problema y partir de la pregunta por las condiciones de existencia de la sexualidad de modo que se comprenda su constitución en el orden de las relaciones de los múltiples mecanismos de su producción y reproducción; el fin: mostrar cómo estas tecnologías del sexo se aúnan a las disciplinas del cuerpo y a la regulación de las poblaciones para producir un saber-poder sobre la salud de la raza, el cuidado de la especie, la protección de la población y el porvenir de la sociedad.

Según Foucault, en la modernidad:

los mecanismos de poder se dirigen al cuerpo, a la vida, a lo que la hace proliferar, a lo que refuerza la especie, su vigor, su capacidad de dominar o su aptitud para ser utilizada. Salud, progeneración, raza, porvenir de la especie, vitalidad del cuerpo social, el poder habla *de* la sexualidad y *a* la sexualidad. (1977, p. 179)

La *Historia de la sexualidad* señala además un itinerario metodológico particular que no parte de universales sino de acontecimientos –que la historia universal ha dejado en la periferia– para convertirlos en ejemplos paradigmáticos que permiten leer la constitución de una época como la moderna: por ejemplo, los dispositivos de sexualidad (la sexualización del niño como una forma de asegurar la salud del adulto, o la medicalización del cuerpo femenino como una forma de comprometer a la mujer en la solidez de la institución familiar) permiten leer la emergencia del discurso sobre el racismo en su “forma moderna, estatal, biologizante” (1977, p. 181), que sueña con combinar sangre y sexo: raza pura con la posibilidad de perpetuar dicha raza; pero también permiten hacer una arqueología, por ejemplo, del psicoanálisis como discurso que pone en el centro la represión para traer de nuevo al campo de la sexualidad la ley, por ejemplo en su lectura de la prohibición de la consanguinidad.

¹⁴ Nuevas porque, tal como lo señala exhaustivamente Foucault, el problema no es tanto la presión de lo biológico sobre lo humano, lo cual ocurre desde hace milenios, sino la entrada de la vida en las tecnologías de poder para emprender la tarea de modificarla y controlarla, primero con el propósito de apartar algunas inminencias de la muerte, luego con el objetivo de constituir múltiples mecanismos de administración de la vida (1977, pp. 171-173). Gracias a la biopolítica “la especie entra como apuesta del juego en sus propias estrategias políticas” (p. 173), y “el hombre moderno [será] un animal en cuya política está puesta en entredicho su vida de ser viviente” (p. 173).

Es interesante advertir, además, cómo Foucault dialoga con sus posibles críticos al señalar su posible historicismo radical que afirmaría la inexistencia del sexo, esta vez sacrificado por “ramificaciones privadas de raíz” (1977, p. 184). Pero habría que decir que Foucault se aleja del historicismo porque su propósito no es mostrar el triunfo de la historia, por ejemplo, sobre el cuerpo, sino la imbricación estrecha entre lo material, lo histórico y lo simbólico, pues como se pregunta Foucault: “¿el sexo, en realidad es el ancoraje que soporta las manifestaciones de la “sexualidad”, o bien una idea compleja, históricamente formada en el interior del dispositivo de sexualidad?” (1977, p. 185). Y a esta pregunta responde: “Por lo tanto no hay que referir a la instancia del sexo una historia de la sexualidad sino mostrar cómo el “sexo” se encuentra bajo la dependencia histórica de la sexualidad” (1977, p. 191).

Esta genealogía del sexo que descubre el dispositivo de la sexualidad, conducirá a Foucault a una hermenéutica del sujeto a partir de la lectura de los autores clásicos griegos y que ya parece anunciarse en su afirmación: “Contra el dispositivo de sexualidad, el punto de apoyo del contrataque no debe ser el sexo-deseo sino los cuerpos y los placeres” (1977, p. 191), que desarrolla la idea de una estética de la existencia que comporta prácticas de subjetivación a partir de las cuales ejercemos un gobierno sobre nosotros mismos, y que no estarían ligadas a un sistema jurídico, disciplinario o biopolítico (Castro, 2011, p. 138) y que remite a un vida (en el sentido del *bíos* griego, como manera propia y concreta de vivir un individuo o grupo, la cual entonces compromete un *ethos* y cuyo lugar por excelencia es la *polis*)¹⁵ excedente e inatrapable por aquellos sistemas¹⁶.

Referencias

- Castro, E. (2011). *Lecturas foucaulteanas. Una historia conceptual de la biopolítica*. La Plata: Unipe.
- Castro, E. (2012). *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido por sus temas, conceptos y autores*. Edición ampliada. (Facilitada por el autor). [Versión Adobe Digital Editions].
- Dreyfus, H. y Rabinow, P. (2001). *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Nueva visión.

¹⁵ En este sentido la vida contenida en la biopolítica, como palabra y como forma de poder, no sería esta *bíos* sino la *zoé*, término griego que designa el simple hecho de vivir, compartido por animales, hombres o dioses.

¹⁶ Para contextualizar al menos un poco esta cuestión quisiera citar a Castro refiriéndose a los problemas que ocupan a Foucault en su libro *El coraje de la verdad*: Pero la articulación entre verdad y voluntad, ya no se lleva a cabo (...) desde una perspectiva nietzscheana, a partir de la violencia, de la dominación, de las luchas y los enfrentamientos. La verdad se vuelve a anudar con la libertad. Ya no en relación con una ontología del alma sino con una estética de la existencia. Por ello la importancia del cinismo (...). En efecto el cinismo representa, para Foucault, un momento decisivo en la práctica de la *parresia*; pues la relación entre el decir verdadero y el *bíos* se lleva a cabo sin mediaciones doctrinales. En el cinismo la vida misma, el *bíos*, se convierte en el lugar de la manifestación de la verdad. El cinismo es la producción de la verdad en la misma forma de la vida. (2011, p. 156).

- Foucault, M. (1967). *Historia de la locura en la época clásica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1970/2005). *La arqueología del saber*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad. Vol. 1: La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio y población*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2009). *El gobierno de sí y de los otros*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gallardo, S. (1989). Foucault y la ideología. *Estudios: filosofía-historia-letras*. Recuperado de http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/letras18/textos4/sec_1.html
- Giraldo Díaz, R. (enero-junio, 2006). Poder y resistencia en Michel Foucault. *Tabula Rasa*, (4), 103-122. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600406>
- Machado, R. (1990). Arqueología y epistemología. En G. Deleuze et al. *Michel Foucault, filósofo* (pp. 15-30). Barcelona: Gedisa.
- Martuccelli, D. (2014). *Sociologías de la modernidad. (El itinerario del siglo XX)*. Santiago: LOM.
- Nietzsche, F. (2008). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza.